

LAS RELACIONES DE LA TEORIA Y LA PRACTICA EN POLITICA

1

Mi interpretación del propósito de este artículo es que se trata no tanto de llegar a una solución final como de procurar que se provoquen fructíferas discusiones y aclaraciones. Como es usual en tales casos, lo esencial es cuidar previamente, con sumo cuidado, de las premisas del razonamiento, dirigiendo especialmente nuestra atención, igual que Zenón, a las definiciones iniciales. Por lo tanto me gustaría empezar diciendo que rechazo las siguientes tesis del Documento de trabajo, tan admirablemente desafiantes: a), que la práctica política puede ser definida como «la acción humana de formar, realizar y hacer cumplir las decisiones políticas», y la teoría política como el estado de cuentas de las «relaciones entre gobierno y sociedad», y b), que la relación de la teoría y la práctica depende de «la proximidad de aquella sociedad a... un cambio revolucionario». Ambas definiciones me parecen académicas y, sin embargo, quizá no bastante académicas.

Me gustaría afirmar, contra Mr. Chester Barnard, de la Fundación Rockefeller, y la escuela que reduce la política a un asunto de decisiones (tanto que puede llamarse con verdad a los que de ella se ocupan «el acompañamiento ejecutivo»), que muchas sociedades, no sólo primitivas, se mantienen unidas, como Hume y Bagehot sugirieron, por el hábito y «el pastel de la costumbre». Afirmar que «en el principio era la acción» es una presunción grave, peligrosa y antirracional. Hay más cosas que algunas decisiones conscientes, dictatoriales o de otro tipo. Con Kropotkin podemos sentir verdaderamente que la operación política debe ser de tipo cooperativo y que responde a un acuante «sentido de reunión» y que no es un asunto de «gobierno» y de decisiones. El «control», que es algo estable, no es una palabra sinónima de

«decisión», que es algo instantáneo. El contexto institucional no es tampoco el mismo. La política, en tanto es una ciencia, es la ciencia de los controles sociales, esto es, de las relaciones de control entre las voluntades de los hombres que están en sociedad. Pero no todos los controles son decisiones momentáneas; la mayor parte de los hombres pasan sus vidas como ciudadanos implicados en una trama de controles a los que llamamos rectamente políticos alrededor de los cuales ellos mismos forman pocas decisiones. Uno de nuestros mayores problemas prácticos consiste en cómo inducir a más ciudadanos a tomar una parte responsable en la formación de decisiones. «Ser parte de una política» (*polity*) y tomar parte en política» (*politics*) y frases con las que usualmente queremos expresar «política de partido», son dos cosas claramente diferentes. No debemos reducir la política a un asunto de los grandes ejecutivos. Y, a menos que equiparemos «gobierno» con «controles» (lo que sería violentar el lenguaje), no debemos nunca identificar la política únicamente con los asuntos de los gobiernos civil, internacional, federal, estatal o municipal. Las organizaciones de un sindicato, de un patriarcado y de una iglesia son también enfáticamente políticas. Si seguimos la ruta monista en vez de la pluralista, terminaremos con la exaltación de «Leviathan, el dios mortal». Por esto, centrar la atención sobre la «decisión», con su especial implicación de que la teoría es la teoría de la misma acción y sólo esto puede llevar por mal camino y dar por sentado lo mismo que se arguye.

En segundo lugar, la palabra «teoría» es ambigua. Hay dos especies de pensamiento que tienen derecho a ser llamados «teoría política». Uno sigue el método de la Ciencia Política, otro el de la Filosofía Política. Puesto que la Ciencia Política se ocupa por definición del estudio de los medios, está ineludiblemente vinculada con el estudio de la práctica. En ningún período se ha destacado de ella. Es posible, en verdad, que en una época de guerras y de cambios revolucionarios domésticos (que no es la misma cosa), de violencias físicas o de otro tipo, más seres humanos se volverán (con Aristóteles en su *Política*, VIII) a un estudio de los modos, de los medios y de las condiciones para ver qué alivios puede ofrecer esta ciencia.

(a) Para algunos escritores científicos en esta situación, habrá una nueva impaciencia con valoraciones retóricas y un nuevo intento de escudriñar quirúrgicamente lo que Maquiavelo llamaba

«la verdad eficaz» de las cosas. Sin embargo, por otra parte, habrá, como dice el Documento de trabajo (b), otros escritores, de temperamento distinto y más activistas para los que será verdad que en una situación revolucionaria de emergencia, en vez de en otra (c) el desapego por la contemplación académica o (d) la ocupación en simples estados de cuentas y descripciones de las instituciones estáticas o anécdotas escolares acerca de lo que habían dicho antiguos pensadores en sus obras menos conocidas — se deberá acentuar conscientemente con «el principio moral de realizar propósitos». Nuestro tiempo es, sin discusión, una época revolucionaria y crítica. Sin embargo, no faltan escritores ocupados en hacer descripciones dignas de confianza de las instituciones que puedan atraer la atención como campo de estudios a hombres cautos o tímidos. Como dijo Hobbes, ¿por qué ha de hacer un estudioso lo que puede inducir a obrar a quien puede dañarle? Concedamos, sin embargo, que habrá hombre de ánimo capaz de ocuparse de los propósitos morales.

Lo que yo estoy, sin embargo, tratando de negar es la tesis de que, empíricamente, exista alguna relación estable entre una situación revolucionaria y la preocupación por los propósitos morales. La Edad Media fué un período preocupado con los propósitos morales tanto al menos como cualquiera otro de la historia occidental (otro fué el de Asoka en el Oriente) y no fué especialmente un período revolucionario. El nuestro, por su parte, es bien marcadamente un período revolucionario, y sin embargo Occidente, a diferencia de la Edad Media, se halla en su conjunto caracterizado por la decadencia del sentido de propósito moral y por la ausencia de toda filosofía pública. Ha habido «desafío» pero muy poca «respuesta». Está claro que debemos usar nuestros términos muy cuidadosamente. Lo único que podemos decir con seguridad son estas dos cosas: Primero, que evidentemente un tiempo de acción revolucionaria es, por definición, un tiempo de acción. En un tiempo de acción aquellos que actúan y se arriesgan en la acción tienden a conceder gran importancia a los pensamientos formados social o tecnológicamente que les han conducido a tal acto deliberado, cometido o elección. Sin embargo, aún en la misma época esta generalización no sería aplicable a los que, en frase de Trotsky, han tenido la mala suerte de nacer en tiempos para los que no están adaptados, y que, como los bizantinos cuando fueron retados por primera vez

por el Islam, son sorprendidos en situación apática o a la defensiva. En segundo lugar, en un tiempo de alternativas morales nuevas y urgentes, distintas de las tradicionales, la importancia de realizar estos juicios, elecciones apropiadas y cometidos exactos, cosas tan distintas del lujo de la retórica política, puede y quizá debe asumir un peso insólito. Es un asunto de gesta *Dei per suos*; y «es un gran momento para vivir aquél en que los hombres tienen problemas ante sí». Estas dos observaciones son, sin embargo, sólo de orden empírico y ninguna de ellas puede proclamar su conformidad con las necesidades del Derecho natural o las constantes de la Ciencia Política. Algunos son estimulados por los retos de su época, otros son, sencillamente, asustados.

II

El breve espacio disponible puede excusar al escritor de dejar a un lado un análisis verbal más profundo para hacer unas pocas observaciones sobre el comportamiento actual que, no obstante, pueden producir nuevas conclusiones teóricas. El doctor William Esslinger, en su *Política y Ciencia*, ha acusado con verdad al que esto escribe de conceder una atención anormal a esta conexión de la teoría y la práctica. Veamos qué podemos hacer ante ello. Empecemos en un nivel humilde.

La primera observación es que la mayor parte de los expositores y académicos de la teoría política no producen ningún impacto sobre la práctica política. Esto es deplorable pero, en realidad, envuelve una crítica de tales expositores. Quizá, como ha señalado Northcott Parkinson, profesor de un «college» de Malaya, ellos escriben sátira (como Spinoza dijo, porque quieren) y hasta hacen que ello sea provechoso. Pero la sátira no es ciencia, cualesquiera que sean sus provechos en la tradición de Stephen Leacock que es, a mi entender, una tradición frívola y aburrida. Los médicos no aspiran, por lo general, a ser graciosos ni a ganar respeto o consideración de este modo. Marx subrayó justamente la «fusión», esto es, la indisoluble conexión orgánica entre la teoría y la práctica. Incluso entre los economistas profesionales, quien afirmase que no posee experiencia práctica en cuestiones bancarias o mercantiles, asuntos administrativos o sindicales y que asegurase que no ha estado nunca en una fábrica

o una granja. sería mirado de soslayo. En política, sin embargo, la cosa es diferente. El profesor Denis Brogan, de Cambridge, ha escrito que «la política puede tener toda la potencia de la bomba atómica, pero esta potencia no es el resultado de la actividad de los científicos políticos».

Por lo que hace a los marxistas —que son científicos políticos pero no «académicos» occidentales— ignoro si esto es objetivamente cierto. La verdad es que la falta reside precisamente en los científicos políticos y no en la materia que estudian. Yo me aventuraría a sugerir que no nos jactemos de las explosiones pero —hablando al modo de San Pablo— sí debemos jactarnos de que un análisis radical del Estado moderno —tal como lo hizo Marx y que sería de esperar fuera mejorado por otros científicos políticos— puede producir en la sociedad humana contemporánea una explosión mayor que la que podrían conseguir todos los físicos y ganadores del premio Nobel juntos. (Nobel mismo parece haber captado incidentalmente esto.) Puede ser que el llamado Estado moderno, tal como se ha formado desde la Paz de Westfalia, sea actualmente una pieza de maquinaria totalmente arcaica para su intencional función de conservar la paz civil, y que los auténticos pioneros de nuestra hora hayan sido Schuman, Adenauer y De Gasperi. Puede ser que la Constitución de los Estados Unidos pertenezca a «la edad del caballo y la calesa». Sin embargo, la cuestión no es quizá tan sencilla ni simple, como puede parecer, ya que también una tiranía que produzca desolación puede conservar la paz. En tal cuestión se hallan implicados los problemas de los derechos naturales y del derecho natural.

En parte por miedo (sobre el que Hobbes es afortunadamente citado y consultado) y en parte por una sospecha más laudable de que la retórica política y el panfletarismo se presentan enmascarados como filosofía política e incluso como ciencia, el teórico político académico tiende a estar orgulloso de su alejamiento de la práctica. Mientras que cualquier hombre que a los diez años de vida profesional hiciese tal alarde sería destituido como incompetente, de hecho, si el teórico político afirma poseer experiencia política práctica, se expone a ver su progreso entorpecido. Por esto no es sorprendente que las clases académicas de tales maestros sean de las que cualquiera que se proponga llegar a ser un político práctico tratará de evitar; ni que los políticos afortunados tiendan a mirar a los maestros académicos

con divertido desdén. Como el presidente H. S. Truman afirmó en Londres, no existe ni una ciencia política ni una filosofía política relevante. La política no es más que un arte. Por otra parte en las universidades más reaccionarias hay una tendencia a mirar tal materia no sólo como una parte de la filosofía sino como una de las que poseen los llamados «pensadores clásicos» —entre los que se coloca extrañamente de Maquiavelo a Rousseau— que han de ser estudiados por los alumnos para los exámenes, con la conciencia de que todo —incluso los maestros— ha muerto desde entonces. No es extraño que la materia languidezca incluso en las épocas revolucionarias. Es la última cosa a la que se volvería la gente preocupada por la elección de actividad en el Occidente burgués.

Tenemos, sin embargo, por el contrario, un deber de tomar la política seriamente. Tenemos el deber de contemplar a nuestros estudiantes como probables políticos prácticos mirando a sus maestros como buenos platónicos, buenos aristotélicos o incluso como buenos marxistas. Necesitamos más gente que enseñe como maestros, con autoridad, y no como escribas, candatarios, gloriosos, narradores de anécdotas y escritores de trozos descriptivos estáticos. La clave para tal entrenamiento puede sugerirse que consiste en un análisis de la función del poder y del camino que a él conduce y, además, en una sana filosofía del derecho natural. Incidentalmente, yo no sostendría que un análisis en términos de tipos y papeles, como el de Max Weber —que posiblemente es sugestivo para el historiador— tenga utilidad en política. Ni de hecho ayudaría a comprender la vida de Weber de un modo tan significativo como el marxismo ayuda a comprender la vida de Marx. Verdaderamente la teoría carismática del caudillaje de Weber ha de ser contemplada con gran cautela, pues sus inmediatos ejemplos fueron desafortunados.

La tesis marxista sobre la orgánica acción recíproca de la teoría y la práctica es enteramente correcta. Yo no soy marxista y corresponde a los marxistas explicar cómo esta teoría, que puede asentarse en Platón, pueda adaptarse con un materialismo dialéctico que en tanto es un materialismo neo-democritano y no precisamente un realismo hegeliano, puede sostener que la «teoría» es fundamentalmente epifenoménica y como una luz de antorcha, sobre la procesión anónima pero verdadera de las masas y de los átomos determinados que marcha por debajo. Se con-

tradiga Marx consigo mismo o no, yo estoy de acuerdo con él en que la función de la filosofía en la política es producir un cambio hacia la verdad, hecho por voluntad propia, tanto como contemplar la verdad aislada en la idea.

Platón, y después de vacilaciones, Aristóteles, elevaron la vida de las ideas sobre la vida práctica. Esto, sin embargo, no es más que una cuestión de preferencia de valores en relación, no diré con los severos pilares de la academia, sino con el templo de la verdad.

Esto se parece muy de cerca al tema, suscitado por Milton, de si las órdenes monásticas contemplativas, tales como los benedictinos o los cistercienses, pueden tener algún efecto benéfico sobre la civilización. Mi propia respuesta, en contra del filisteísmo antihistórico de Milton, es que sí pueden producir tales efectos. Pero toda la conducta de Platón al escribir *La República* y *Las Leyes*, indica que esperaba que su teoría formaría una práctica en la crisis helénica de su tiempo. No es preciso, pues, ser marxista para mantener esta verdad, aunque los marxistas, al defenderlo, han avergonzado al Occidente académico que tiende a dividirse entre una enclaustrada erudición y un periodismo *du jour* o una radiodifusión de noches. El conjunto de nuestros estudios políticos está demasiado en manos de los historiadores —que, según la gran frase de Lincoln, no saben «inhibirse del pasado»— de los filósofos analíticos, llenos de un malo escolasticismo —y no es que exista ninguna objeción contra un estricto análisis de la retórica política acerca de la «soberanía», la «libertad»..., etcétera— y de los juristas casuistas. A los expositores les falta un profesionalismo de su propia profesión. Tenemos necesidad de tomar a la ciencia política, como también a la filosofía política de los fines y objetivos, «seriamente», esto es, más profesionalmente de lo que se ha tomado siempre hasta ahora.

Existe, en verdad, en la actualidad «la lucha por las mentes de los hombres». Las ideas —tales como toda la historia de las religiones y los grandes movimientos políticos, como lo muestra el nacionalismo— son factores políticos reales, tanto como lo puedan imaginar los físicos en lo que a las exposiciones se refiere, o los militares por lo que hace a las armas. Aparte de los pensamientos de los soldados que usan estas ramas y de los industriales y burócratas que pueden pensar que lo que se puede comprar con el dólar o el rublo no tiene límites, la política, para usar

una manoseado adagio burgués, puede verdaderamente ser «la ciencia de lo posible». Pero ¿quién conoce lo que es posible para los seres humanos? ¿Fué Santa Juana de Arco disuadida por «lo que es posible»? No hay límites para lo que se piensa que es «posible» por esos hombres prácticos que —para usar la sardónica frase del afortunado Disraeli— son llamados prácticos «porque practican los errores de sus antepasados». Herr Adolf Hitler, que a corto plazo no fué un político desafortunado, hacía notar que «sólo lo imposible es realmente práctico». Lenin y Ghandi practicaron lo «imposible» de diferentes modos. Todo lo que podemos decir es que ya que los seres humanos ejercen la elección, puede existir cómodamente —como existe en realidad— una ciencia de los medios eficientes: las ideas en política formarán e influirán la acción de los hombres. Y la ética o filosofía política de los fines, que por principio y por esencia son imposible de realización (para distinguirlo de una mera apariencia de imposibilidad), es una ética esterilizante, sádica y malévola, o más bien, una ética fundamentalmente sin sentido, desvinculada del *ethos*. Por el contrario, una sana ética formará la práctica y no se divorciará de la política.

No tengo tiempo de discutir adecuadamente aquí en qué medida las ideas o las teorías sean exclusivamente el producto del contorno material, económico, tecnológico o social, o el resultado de éste en interrelación con la naturaleza humana básica y con la razón, o —considerando a tales teorías como portadoras de juicios de valor— con intuiciones de un carácter estético en último análisis (que es lo que yo sostengo) y con deducciones lógicas de las mismas. Ciertamente que la práctica humana facilita parte de la materia para los juicios de valor, algo así como si dijéramos el flúido en que flotan. Yo no desearía ligarme exclusivamente a los sistemas de Platón o Santo Tomás, pero que esta tesis mía es, por lo menos, de bastante buena reputación como para justificar la atención del estudioso, se muestra por el tratamiento de Platón y por su tendencia para retroceder, especialmente en *Las Leyes*, a analogías musicales, como último recurso de su argumento.

Me gustaría, en verdad, sugerir que la generación de estudiosos filosóficos por venir, después de haberse saciado con las aguas del positivismo y del existencialismo, puede, con provecho, tornar su atención a los viñedos de los cirenaicos e investigar

más profundamente en las teorías estéticas de Hutcheson y de Schiller. Esta línea de pensamiento, que puede producir absolutos morales y *kataleptikai phantasiai*, aunque comienza en Platón, ha sido indebidamente abandonada hace poco y, en verdad, ha sido siempre mirada con más interés por los teólogos que por los metafísicos abstractos a los que Burke llamaba «los de los ojos verdes».

Al menos me gustaría someter a la consideración de los estudiosos de política que es precisamente en el reino de los fines estéticos donde, sin duda, *trascendemos a los cálculos del Poder*, y descubrimos lo que con mayor firmeza puede mantener un hombre. Estos juicios de valor, se sugiere, son formados en sus líneas generales por las exigencias y satisfacciones fundamentales del hombre en cuanto hombre, de la misma naturaleza humana, y sólo subsidiariamente —y sujetándolo a comparación y crítica— por las exigencias o satisfacciones específicas de un lugar o tiempo particulares, por sus modas o por una nación o clase particulares. Esto no permite negar ni un sólo instante que las demandas particulares cambian y varían en el mercado político. Ello equivale a afirmar que tales exigencias tienen, no obstante, características genéricas que no deben ser olvidadas por poco importantes, ya que son aceptadas como obvias, y que son las bases de los modelos («patterns») y de las interpretaciones de la comunidad.

III

Si nos volvemos hacia el pensamiento político auténtico, la teoría de los pensadores más importantes, de los que han dejado huella perdurable, se distingue de los comentaristas derivados en que siempre ha estado preocupada por la práctica. Dejando aparte a Jefferson o Marx, cuyas vinculaciones prácticas son patentes, la obra de Locke, Burke o Mill tiene también una directa orientación práctica. Del mismo modo los Tratados de Spinoza. Incluso el elaborado sistema escolástico o matemático-lógico de Hobbes con su *De Cive*, el *De Homine* y el *De Corpore*, procede de las consideraciones prácticas de las dos guerras civiles, en Francia e Inglaterra y llega a conclusiones prácticas en la clasificación del pensamiento político de los hombres.

¿Existe una ordenada conexión entre la urgencia revolucionaria

de los tiempos y el énfasis práctico de los teóricos? Yo creo que no. Sugiero que el tipo, de sociología del conocimiento realizado por Weber y Mannheim es pretencioso e insensato y que la crítica que de ella han hecho Ginsberg y Popper está justificada. En último extremo constituye un insulto a la integridad profesional. Es patente que el pensamiento no se produce en el vacío. La época puede influir —como han dicho Polanyi y Conant— incluso en la física, en lo que consideramos de valor o significativo para el estudio, pero esto es algo muy interesante, pero totalmente distinto a decir que las teorías matemáticas o físicas, en cuanto sistemas, pueden ser examinadas por completo como derivadas de los influjos sociales del contorno o de las tensiones prácticas de la época. Un físico puede ser un *High Tory* o un revolucionario, pero en su trabajo científico, su mano está teñida por el material objetivo sobre el que trabaja. Y, *pro tanto*, el mismo argumento se mantendrá en otras áreas del pensamiento sistemático como, por ejemplo, el político.

Por el contrario, yo creo que se trata más bien de un problema de tipos humanos y de ocupaciones. El político científico puede ser también un filósofo político, pero en cuanto científico político no es filósofo político, o al contrario. El filósofo, en cuanto considera su tarea como consistente en lograr una síntesis continua e inteligible de experiencia significativa (ahora no me ocupo de si esto es acertado) está obligado a mostrar pacientemente en sus conclusiones —lo que hará casi necesariamente— el influjo de lo que su tiempo y lugar consideran como problemas críticos debidos posiblemente en parte —como en la era de la máquina de vapor y de la desintegración del átomo— a desarrollos contemporáneos de la tecnología. Sin embargo, no queremos insinuar que la filosofía no sea más que esto, desvinculada de los valores tradicionales. Por otra parte, el científico político, en cuanto interesado, por ejemplo, por las relaciones de la psicología y la política, estará preocupado por las constantes humanas, cualquiera que sean sus varias aplicaciones que mostrarán al considerarlas que "*le plus ça change le plus il reste le même*".

Aunque escribió en el tiempo de los cambios revolucionarios de la civilización de la *polis* griega, la obra de Aristóteles, el primer científico político verdadero (excluyo la defensa de Platón en el *Político*) fué más bien especulativa y de observación que práctica y panfletaria. También Maquiavelo, en una época de

ebullición, se interesó por el estudio de la historia de la antigua Roma, para descubrir los acontecimientos fundamentales, la «verdad efectiva de las cosas». La obra de Hobbes, no obstante la experiencia de las guerras civiles, y a pesar de su estilo belicoso, tiene este destacado carácter científico en grandes extensiones de sus escritos. Puede ser que la mejor teoría tenga el carácter de «emoción recogida en la tranquilidad», produciéndose, como la obra de Hegel, *después* de un período revolucionario. Sin duda que las tesis de Hegel son ambivalentes en su aplicación práctica, y puede argüirse —aunque los leninistas no lo hagan— que la obra más profunda de Marx, discípulo de Hegel, fué aquella en que, tras paciente investigación, contempla fríamente la lenta evolución del movimiento económico, dando forma necesariamente al carácter de los acontecimientos políticos. El científico político en cuanto tal está exclusivamente interesado pragmáticamente con la práctica inmediata como el fisiólogo está interesado con los efectos finales de sus estudios cuando los aplica al arte de la medicina. Pero, por supuesto, la consideración de estos posibles resultados benéficos finales puede haberle incitado a hacerse científico político o fisiólogo, tanto o más que la presión de una época revolucionaria, la perspectiva de unas buenas ganancias o el complejo de Edipo contra su padre que quería que se hiciese abogado. Tales cosas son todas estrictamente irrelevantes para el trabajo profesional en cuanto tal.

Lo que sí podemos decir con verdad es que «a medida que una ideología se hace más fuerte y se convierte en una fuerza social progresiva, es mayor el valor e influjo de la ciencia y no al contrario». Desarrollamos lo que yo creo que en todas partes se conoce como «una ideología superior». ¿Que queremos decir con todo esto? Yo supongo que se trata de indicar que podemos tener un sistema de ideas consistente y que por medio de la observación, de experimentos controlados, de medidas y verificaciones, puede comprobarse que tal sistema tiene una relación efectiva para la interpretación y el control de los acontecimientos reales. A medida que la ciencia política se desarrolla, la relación entre los modelos abstractos y las condiciones objetivas y su poder de predicción práctica llegará a ser más estrecha, y el nexo entre nuestros valores estéticos o éticos y su realización práctica será más plenamente reconocido por medio de la utilización de medios sociales apropiados. Sin embargo, los hombres que busquen

un fin por razones primitivas o parciales, seguirán, sin duda, en su búsqueda del poder y de la respetabilidad, fingiendo adoptar fines y medios aceptables para una amplia comunidad. Podemos, desde luego, coincidir con Freud en que nunca terminaremos con estas tensiones aunque sí podemos cambiar benéficamente sus expresiones culturales y disminuir su peligro explosivo.

En una dialéctica sin fin surgen constantemente nuevos intereses, nuevos grupos y nuevas clases incluso en una sociedad comunista o en una comunidad de carácter más cooperativo y caritativo que la actual competitiva. Pero, al menos, al progresar el conocimiento del científico político, aunque es de suponer que el mercado de exigencias distintas y rivales continúe, se logrará interpretar, de un modo más realista, las leyes del mercado. El científico político tendrá una teoría previa a la práctica que actuará sobre ésta, como sucede en la economía. Estimando el inmenso papel de las ideas percibirá la manera en que estas ideas se mueven y tratan de realizarse no en un mundo soñado de fantasías y abstracciones, sino en el de los medios sociales. La idea —o el sistema de ideas— al moverse desde la primera visión hasta la búsqueda por los hombres de su realización a través del poder y de los medios que éste posee, se convierte en un instrumento. Quien lo analice puede ver cómo una ideología, tal como la libertad de prensa, puede quedarse corta ante las exigencias de la naturaleza humana para la protección contra la calumnia y la moral y ser no un derecho absoluto sino limitado para el bien de la democracia en el marco de la ley. Las leyes de libelo de los Estados Unidos requieren ser fortalecidas, no debilitadas. Quien así haga puede ver cómo este derecho particular y cualificado ha sido inflado en algo absoluto e irrevocable por la ideología y propaganda de grupos tales como los abogados que quieren escribir panfletos, los propietarios de periódicos, los anunciantes que quieren vender sus productos y otros por el estilo. La libertad sustancial consiste en ayudar a la discusión a llegar a las varias decisiones, que es en lo que consiste la tarea de la democracia, y en contribuir al pensamiento activo y moral responsable y no al narcotizante. (Hasta qué extremo la gente tiene el derecho a decidir por sí mismo, privadamente, si ha de drogarse, es otro tema, y se equilibraría por la consideración de si el pueblo o sus sectores más poderosos pueden considerar otras cosas incompatibles como más importantes.)

IV

¿Qué podemos decir, entonces, acerca de las relaciones entre la teoría y la práctica política?

a) Hemos dicho que toda sólida teoría política tiene, a largo plazo, un influjo sobre la práctica hipotética ya que el verdadero tema de estudio es de tal clase que impulsa al hombre a ejercer la elección.

Sólo deja de tener este influjo cuando cae en las manos de pedantes o —como Hobbes añadió— hombres asustados.

b) El grado del influjo directo de la teoría sobre la práctica varía grandemente. La urgencia de tiempos críticos obliga a algunos pensadores a desarrollar una teoría e incluso una agitación propagandística bajo un impulso práctico. No ha de despreciarse la importancia de la teoría política descubierta en los panfletos políticos. El mismo sentido de la gravedad de la agitación puede conducir a otros pensadores —como lo hizo con Maquiavelo— a mostrarse despectivos respecto a los panfletos políticos de su época por considerarlos superficiales, sintiendo, como muchos de nosotros hemos sentido, que no se puede hacer ningún progreso en la cura de nuestras enfermedades políticas, tales como la guerra, sino es por un riguroso análisis objetivo de la estructura política y de sus funciones y motivaciones. Podemos estar de acuerdo con M. Benda en su condena de la traición de los funcionarios no porque tengan conformada su mente prácticamente, sino porque estiman su profesión tan frívolamente que malgastan sus cualidades.

c) No existe una razón directa controlable entre la urgencia revolucionaria de los tiempos y la amplitud con que la teoría política asume una forma de relevancia práctica inmediata. El tratado de John Stuart Mill, *On Representative Government*, escrito en la medianoche de la era victoriana tuvo inmediata relevancia práctica. La obra de Lasswell, en América, o de Jouvenel, en Francia, no ha tenido obviamente en la época actual, crítica para la paz, ese carácter «agitador», y muestra una gran independencia. Aristóteles y Santo Tomás, a pesar de sus épocas diferentes, están fríamente separados de la práctica. Lo más que podemos decir es que cuando existe mucho apasionamiento, algunos teóricos políticos sensibles, es posible que hagan a su teoría inteligible, como hicieron Rousseau y Marx, y esto usualmente en un

estadio primitivo y que el continuo aumento del apasionamiento al que ellos tempranamente han servido de portavoces, hará más tarde sus escritos de gran influjo popular. Pero no existe ninguna inevitabilidad dialéctica. Ha habido grandes periodistas que han sabido tener la misma penetración. Casi sugeriría que cuanto más graves sean los tiempos —como cuanto más grave sea la crisis médica para un gran cirujano— el teórico político debe ser más frío, más independiente y más puramente científico.

d) Los llamados «políticos prácticos», con frecuencia hombres de educación limitada o pobre, están siempre inclinados a menospreciar a los filósofos políticos y a los científicos políticos, considerándolos como de un valor práctico desdeñable. Algunos de ellos encubren la incómoda conciencia de su limitada visión tras una filosofía antiintelectual de su propia cosecha aderezada con citas de Burke. El papel de las ideas, como el de la observación exacta, es devaluado. Unas veces la disposición de ánimo es de frivolidad, otras de autointerés. Una de las mayores virtudes de Lenin fué la de ser totalmente despiadado con estos hombres cuya política es de campanario.

Todos nosotros podemos decir rectamente que en el comportamiento político las razones psicológicas juegan mayor papel que las lógicas. La conquista del poder es la clave ordinaria de la conducta común. Un estadista sano lo reconocerá sin perder de vista su objetivo.

e) El santo, tanto como el pecador, necesita poder realizar sus fines. Un Gandhi, del mismo modo que un San Juan, tienen interés acerca de cómo obtener sus objetivos por medios compatibles con sus principios. Este es también el justo interés de cualquier estudioso de la relación entre fines y medios, entre teoría filosófica y práctica científica. Y aquí el estudioso será estimulado hasta el paroxismo de la energía no sólo por la literatura secundaria de su tiempo acerca de la revolución y por la propaganda también se acercará, en su claustro o taller, a las obras primarias de los grandes estudiosos y científicos que le han precedido bien en tiempos tan críticos como el suyo o en otros más fríos. Es una prerrogativa de la razón contemplar con deliberada independencia el clamor de los hombres excitados.

GEORGE E. GORDON CATLIN

Catedrático de la McGill University

(Traducción de ALEJANDRO MUÑOZ ALONSO.)

R É S U M É

L'opération Politique doit être du genre coopératif et elle répond à un "sens de réunion" urgent et non à une affaire "gouvernementale". La politique, comme science, est la science des contrôles sociaux, c'est-à-dire des relations de contrôle entre les volontés des hommes qui sont en société. Il faut faire attention avec le mot "théorie" car il y a deux sortes de pensées qui ont le droit de s'appeler "théorie politique": l'une suit la méthode de la Science Politique, l'autre celle de la Philosophie Politique. Etant donné que la Science Politique s'occupe par définition de l'étude des moyens, elle se trouve obligatoirement attachée à l'étude de la pratique qui est celle qui nous intéresse.

La majorité des théoriciens de la politique ne produisent aucun effet sur la politique pratique et comme l'a souligné Marx avec justesse il faut qu'il y ait toujours une "fusion", une connexion organique insoluble entre la théorie et la pratique. Parce qu'il craint et soupçonne que la rhétorique politique et le pamphlétarisme ne se présentent sous l'aspect de philosophie politique et même de science, le théoricien politique et académique a tendance à être fier de son éloignement de la pratique. C'est pour cela qu'il n'existe ni une science politique ni une philosophie politique importante; la politique n'est qu'un art. Nous avons cependant le devoir de prendre la politique au sérieux. Et la fusion de la théorie dans la politique produit un changement vers la vérité, car les idées en politique formeront et influenceront l'action des hommes.

Si nous étudions l'authentique pensée politique nous constaterons que les grands penseurs, ceux qui ont laissé un souvenir impérissable, ont toujours été préoccupés par la pratique: Locke, Burke, Mill, les traités de Spinoza et même Hobbes dans une partie de son oeuvre, et bien entendu Marx ou Jefferson, dont les relations pratiques sont patentes. Et nous pouvons assurer que au fur et à mesure qu'une idéologie devient plus forte et se transforme en une force sociale progressive, plus grande est la valeur et l'influence de la science et au fur et à mesure que la science politique se développe, la relation entre les modèles abstraits et les conditions objectives et leur pouvoir de prédiction pratique deviendra plus étroite et la liaison entre les valeurs éthiques et

leur réalisation pratique sera mieux connue, grâce à l'emploi de moyens sociaux appropriés.

Le degré d'influence directe de la théorie sur la pratique varie beaucoup. L'urgence des temps critiques oblige certains penseurs à développer une théorie sur une impulsion pratique mais il n'existe aucune raison directe contrôlable entre l'urgence révolutionnaire des temps et l'ampleur avec laquelle la théorie politique a pris une importance pratique immédiate.

S U M M A R Y

Political functioning should be of a cooperative type and should respond to a keen "sense of reunion" and not to a "government" affair. Politics, inasmuch as it is a science, is a science of social controls that is to say, of the relation of control amongst the wills of men in society. One must be careful when using the word "theory" because there are two kinds of thought which can equally be called "political theory": one follows the political science method, the other Political Philosophy. Since Political Science deals with the definition of studying mediums, it is unavoidably united with the study of practice in which we are interested.

A large part of theories on politics bear no impact on political practice and as Marx aptly underlined, there should always be a "fusion" an indissoluble organic connection between theory and practice. Partly from fear and partly from a suspicion that political rhetoric and pamphletism are shown as political philosophy and even as a science, the political academic theory tends to be proud of its removal from practice. Therefore there exists neither a relevant political science nor a relevant political philosophy, politics is no more than an art. However, we must as a duty, take politics seriously. And the fusion of theory in politics means bringing about of a change towards the truth, because ideas in politics will mould and influence the action of men.

If we take a look at real political thought, we will be able to prove that great thinkers, those who have left an everlasting mark, have always been worried by practice; Locke, Burke, Mill, Spinoza and even Hobbes in part of his work, and of course Marx and Jefferson whose practical relations are evident. And we can assure that, in proportion as an ideology is strengthened and is

converted in a progressive social force, the value and influence of a science is greater, and in proportion as political science is developed, the relation between abstract patterns and objective conditions and their power of practical prediction will become narrower and the bond between ethic values and their practical realization will be more fully recognized by the use of appropriate social mediums.

The degree of direct influence of theory over practice varies greatly. The urgency of critical times makes some thinkers develop a theory based on a practical impulse but there does not exist any direct controlable ratio between revolutionary urgency of the ages and the fullness with which political theory assumes a character which is immediately and practically outstanding.

